

## Entre Filosofía y Psicoanálisis

Eugenio Fernández García

### 1) Encuadre

¿Existe alguna relación significativa entre ambos?. Importa pensarlo y no sólo suponerlo. Y si la respuesta es afirmativa, analizar en qué consisten. Cabe al menos suponer que esas relaciones no sean sólo fácticas y circunstanciales, sino que afecten a la identidad de los dos, cuestionen su razón de ser y movilicen algo en ambos.

#### a) Respuesta convencional.

Un primer planteamiento resuelve cómodamente la cuestión sosteniendo que las relaciones entre filosofía y psicoanálisis son extrínsecas, de vecindad, de roce y colaboración ocasional.

Desde esta óptica el **psicoanálisis** ve la filosofía como su propia prehistoria. Le importa tener información sobre ella, como interesa conservar la memoria de los antepasados y de los precedentes. Pero, en realidad, el psicoanálisis ha superado y dejado atrás a la filosofía. Y debe despegarse más aún de ella para avanzar. Incluso debe negarla para marcar su diferencia y autonomía.

En un segundo paso el psicoanálisis se ve a sí mismo como desenmascarador de las ilusiones de la filosofía. Cree descubrir la ignorancia que se esconde bajo la pretendida omnipotencia del saber. No sólo sabe más que la filosofía, sino que sabe lo que ella ignora e incluso por qué lo ignora. Su conocimiento del inconsciente, desborda el *logos* y lo pone en evidencia. Sabe, por ejemplo, hasta qué punto es verdad que “el sueño de la razón produce monstruos”.

Por tanto piensa que la superación es no sólo histórica, sino también crítica. El psicoanálisis sustituye a la filosofía en la función desenmascaradora y liberadora tradicionalmente asignadas a la filosofía. Freud en particular aparece como un ilustrado decidido y consecuente que radicaliza la sospecha y la crítica.

Por su parte la **filosofía** piensa que puede pasar al lado del psicoanálisis y mirarlo sólo de reojo. Para ella no es más que un fenómeno tardío y marginal. Además, pertenece a otro campo, el de lo patológico y su tratamiento, no al de la razón pura y su deseo de saber. Su estatuto es básicamente práctico y técnico. Nace de la clínica y está destinado a ella; es un instrumento a su servicio.

En cuanto saber sólo ayuda a trazar de la cartografía del espacio exterior: el del inconsciente y la anormalidad. En consecuencia, conviene que los filósofos estén informados de él, pero no les hace falta más. Por su parte la filosofía puede servir a los psicoanalistas como archivo e ilustración de una retórica que es útil para las racionalizaciones.

En resumen, este enfoque convencional destaca la independencia e indiferencia mutua, pero aprovecha la conveniencia de sumar, de complementarse, de ilustrarse recíprocamente.

#### b) Respuesta crítica

Entre filosofía y psicoanálisis hay mucha más complicidad y un verdadero conflicto, tejido de cuestionamientos recíprocos, de causas comunes y de actitudes divergentes, de atracciones y rechazos. La relación es intrínseca y atraviesa la constitución de una y otro. Los toca en su núcleo, los cuestiona, remueve y pone en danza.

La **filosofía** tiene por lema “*sapere aude*”. Y su imperativo fundamental es no ceder el deseo de verdad por nada, por ningún consuelo ni ninguna ventaja; cultivar y sostener el saber por encima de todo, a cualquier precio. Su *ananke* es “necesidad” de saber. Desde esa posición interroga al psicoanálisis, le pregunta qué saber es el suyo. Cuestión decisiva para él en la medida en que no quiere ser una práctica mágica, ni quiere derivar hacia el irracionalismo.

Justamente en la medida en que el psicoanálisis trabaja con el lenguaje, interpreta y construye explicaciones, no puede dejar de hacer teoría. Y para hacerla en serio necesita tomar en consideración la filosofía. En su propio despliegue el psicoanálisis lleva a la filosofía desde los márgenes al centro. La coloca entre sus fundamentos. Y, a la vez, se expone a sus interrogantes y sus juicios.

Por su parte el **psicoanálisis** irrumpe como una conmoción y un desafío para la filosofía. El inconsciente emerge e interviene en medio del lenguaje. Crea en torno a él no sólo otra escena, un campo de significación propio, sino un nuevo orden del *logos*. Otro régimen de habla o escritura y de lectura e interpretación, que cuestiona el sentido, la verdad y la explicación tal como la filosofía las había urbanizado. Como tal, el psicoanálisis es un desafío para la filosofía. La afecta en su centro; la hiere en la niña de sus ojos: la conciencia y la transparencia del conocimiento. Cuestiona su fundamento y su alcance. Señala el límite en el que la razón se convierte en racionalización. Muestra el peligro de los ideales de totalización del saber. Hace ver que la verdad nunca es toda, sino que abre las carnes y conserva las marcas de las heridas de la vida, del amor y de la muerte. Desenmascara las ilusiones de la filosofía, su pretensión de lograr la omnipotencia del saber mediante un sistema que sea “uno y todo”. Freud recuerda lo que burlescamente decía Heine del filósofo: “Con sus gorros de dormir y jirones de su bata, taponan los agujeros del edificio universal”<sup>1</sup>

De esa manera el psicoanálisis llama a la filosofía a permanecer fiel a su raíz auténtica y a su genealogía: el deseo de saber, hijo de Poros y Penia, abundancia y escasez, exceso y falta<sup>2</sup>. La incita a sostener su condición socrática de deseo amante de la sabiduría. Ambos se encuentran y refuerzan en su raíz común. Incluso, llegados a ese extremo, el psicoanálisis intenta salvar la dignidad de la filosofía allí donde ésta está tentada de perderla. Sostiene su causa donde ella cree más sensato abandonarla. Y lo hace no sólo por amor a la verdad, sino también desde la negatividad del sufrimiento y la locura, desde el valor de lo que no “sirve”. En este sentido el psicoanálisis incita a la filosofía a salvar también su dignidad ética allí donde ésta considera más prudente olvidar lo que no se puede remediar enteramente. La pone en guardia contra la tentación de racionalizarlo todo hasta el punto de consolarse creyendo que “todo lo que nos atormenta no

<sup>1</sup> FREUD, S. *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* O. C. XXII, 148

<sup>2</sup>Cfr. PLATÓN *El Banquete* 203ss.

existe”<sup>3</sup> De esa manera se ciega a sí misma y banaliza el mal y el sufrimiento, en vez de esforzarse en curarlos.

c) Encrucijada

En realidad los caminos de la filosofía y el psicoanálisis se cruzan. Freud, hombre de ciencia e hijo intelectual de la Ilustración, termina apelando en virtud de su experiencia analítica a “nuestro dios logos”<sup>4</sup>. Y el logos es común, aunque no uniforme. En la relación entre filosofía y psicoanálisis se muestra bifronte como el rostro de Jano. Sus dos caras están unidas a la vez que se dan la espalda.

Freud asume el deseo de verdad y el imperativo de atreverse a saber, “bajo el signo de Edipo”<sup>5</sup>. Edipo, un viviente atravesado desde el comienzo por el anuncio de la muerte, es una criatura del logos. Se guía por una voluntad incondicional de un saber que evite el mal y consiga el bien. Eso hace de él un experto conocedor de enigmas. Gracias a ello libera a Tebas de los males de la esfinge, es proclamado rey y gobierna con justicia. A pesar de todo, su vida discurre por caminos errados y pasa por encrucijadas trágicas. Prototipo de rey sabio y justo, no es sin embargo señor de su vida. Incluso se convierte en víctima de su saber y hace la experiencia de fragilidad e impotencia radicales. Su voluntad de bien genera desastres. Cuando más comprende se arranca los ojos. En su drama se expresa la herida que atraviesa el modelo de vida que él representa. De la mano de Edipo, Freud al introducir la hipótesis del inconsciente forja un “logos en falta”, que desinfla las pretensiones de totalización especulativa armónica. Un menos-saber que es más verdadero.

Puede decirse también que filosofía y psicoanálisis se encuentran bajo el signo de Hemón, hijo de Creonte y enamorado de Antígona, entre la ley de la ciudad y la voz oscura del corazón. Están unidas en ese desgarramiento, intentando evitar que una muerte traiga otra. Cuidando su vínculo delicado y procurando evitar que cada parte se erija en absoluta y resulte destructora.

Al psicoanálisis le hace falta la filosofía para pensar rigurosamente las estructuras que él enuncia, y cuyo sentido ontológico y ético necesita. A la filosofía le hace falta el psicoanálisis para poder pensar lo real ella plantea y no derivar en discurso vano. En esa encrucijada y ese diferendo irreductible, el psicoanálisis y la filosofía son imprescindibles uno para otro. “Cada uno aparece ante el otro como un *síntoma*”<sup>6</sup> Indicador de un proceso que cuestiona la consistencia y redondez de nuestro universo vital. Signo que atraviesa la mente y el cuerpo, portador de significados a descifrar y brote de malestar. Indicador de que nuestra economía vital no es un negocio redondo, sin pérdidas ni restos. Por todo ello, “el psicoanálisis y la filosofía nombran la una para el otro el lugar por donde deben hacer la prueba de lo real que les permita ser ellos

<sup>3</sup> FREUD, S. Carta a K. Abraham del 14.01.1912

<sup>4</sup> FREUD, S. El porvenir de una ilusión O.C. XXI, 53

<sup>5</sup> ASSOUN, P.L. Freud, la philosophie et les philosophes Paris, PUF, 1995, p.382

<sup>6</sup> JURANVILLE, A. “Psicoanálisis y filosofía” Ornicar n° 29. Trad. Boletín de Ceyyp n°8 (1985) p.23. Ver del mismo autor Lacan et la philosophie Paris, PUF, 1984

mismos”<sup>7</sup>. De ahí su irreductible extrañeza dentro de una entrañable familiaridad. La relación entre ambos tiene la marca de lo *unheimlich*, de lo extraño-íntimo, de la inquietante extrañeza<sup>8</sup>

Planteada sí la relación, la filosofía le interesa al psicoanálisis como posición radical que remite a los principios, más que como instrumento. Le importa para poder hacerse cargo de su propia posición y poder articular sus elaboraciones y su ética. Sin esa instancia crítica el psicoanálisis corre el riesgo de delizarse por la pendiente que lo llevaría a quedar fagocitado por la medicina y hallar su depósito definitivo en los manuales de psiquiatría o psicoterapia, como ya advirtió Freud<sup>9</sup>. La filosofía emplaza al psicoanálisis a pensar lo que hace ya no ceder a la ilusión y los poderes inmediatos de la técnica, menos aún la impostura, precisamente porque asume que lo urgente es curar. Lo invita a no justificarse tampoco en la bondad de la compasión, y a asumir íntegramente su posición ética.

A su vez, el psicoanálisis interesa a la filosofía por sí mismo: en cuanto trabaja desde la hipótesis del inconsciente y en cuanto es una práctica clínica. Es decir, por su diferencia antes y más que por su afinidad teórica. En la dura realidad clínica, en su delicado estremecimiento está en juego algo de la verdad y del cuidado que la *humanitas* requiere, y que la filosofía necesita y reconoce en su diferencia. El psicoanálisis tiene la osadía y el valor de prestar atención a los destrozos y las ruinas, escucharlos y ayudarlos a que recuperen la palabra, se resignifiquen y reconstruyan. A medias palabras emprende una ardua revolución.

## 2) Freud y la filosofía

Dentro de ese marco interesa en primer lugar tomar en consideración las relaciones de Freud con la filosofía. No se trata sólo de una cuestión erudita referida a los detalles de la actitud personal de Freud ante la filosofía y los filósofos. Ni es tampoco una cuestión extrínseca, ajena a la formación del psicoanálisis y la filosofía, supuestos como previamente constituidos. Al contrario, se refiere a su genealogía y constitución. Por eso no se trata de comparar, sino que interesa ante todo conocer cómo se configura el psicoanálisis, qué posiciones ocupa y que interrogantes plantea a la filosofía. Importan tanto los desplazamientos y las rupturas, como las conexiones entre ellos. Una tónica para comprender los procesos y transformaciones.

En efecto, las relaciones entre ambos forman una trama que articula diversas líneas de fuerza y dimensiones que nos permiten situar y delimitar la posición de Freud y de su obra respecto a la filosofía. En esas coordenadas se inscribe y perfila la identidad del psicoanálisis, sus conexiones con las filosofías anteriores y posteriores a su nacimiento, su aportación a éstas y su diferencia irreductible. Así encuadrado, se hace más claro que el psicoanálisis no es un fenómeno aislado, ni mera mitología o especulación como dicen sus críticos positivistas, sino que pretende ser ciencia y técnica eficaz y como tal interesa a la filosofía.

Ciertamente Freud fue un descubridor, cuya obra supuso una irrupción en el panorama cultural. En ese sentido resulta intempestiva y anómalo. El mismo comparó el cambio introducido por sus hallazgos con las

<sup>7</sup> JURANVILLE, A. *loc. cit.* p.24

<sup>8</sup> BRÈS, Y. “Modestie des philosophe: modestie des psychanalystes?” *Psychanalyse à l’université* n° 44 (1986) pp. 569-603; ver. pp. 583-585

<sup>9</sup> Cfr. FREUD, S. *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* O.C. XX, 232

revoluciones de Copérnico y Darwin. En los tres casos se trata de descentramientos que rompen tramas consolidadas e instauran nuevos ordenes y nuevas maneras de orientarse.

Althusser dijo que en el siglo XIX nacieron tres criaturas a las que no se esperaba, tres hijos naturales, sin padre ni reconocimiento lega: Marx, Nietzsche y Freud<sup>10</sup>. Los tres experimentaron la cruda soledad de una tarea nueva. Freud, en concreto, construyó su espacio teórico con palabras y conceptos importados de la medicina, la psicología, la antropología, la literatura, la mitología, la filosofía etc. pero resignificados y articulados originalmente. De ahí la identidad plural, mestiza y compleja de su obra. De ahí también la continua revisión de sus ideas y el carácter tentativo de sus textos, unos claros y otros oscuros, algunos ceñidos a la experiencia clínica, otros especulativos, la mayoría problemáticos pero profundos. Esa implantación histórica supuso romper con el lenguaje del sentido común y crear un modo de expresión difícil, que no resultara plano y que no puede ser homologado sin allanamiento. Esa extrañeza recoge el carácter esquivo del objeto del psicoanálisis y no sólo las insuficiencias de Freud..

En consecuencia, el interés de los filósofos por el psicoanálisis debe comenzar por reconocer su diferencia. Eso exige resistir a la tentación de asimilarlo y normalizarlo. Y exige también a los psicoanalistas evitar la trampa de colocarlo a parte, de encerrarlo en el ghetto y reservarlo para los iniciados, de volverlo críptico e incommunicable y de paso rehuir las críticas. Freud mismo no fue psicoanalista ni filósofo de formación, sino médico, pero desde esa genealogía ajena se constituyó como psicoanalista; y desde fuera de la filosofía la incorporó e influyó profundamente en ella. No le aporta sólo nuevos contenidos, sino sobre todo nuevas maneras de plantear los problemas, otro modo de escuchar, de interpretar, de ejercitar la razón, de concebir la realidad y de actuar.

Su obra es un punto de encuentro en el que se cruzan y entretajan líneas tan significativas como éstas: La ciencia naturalista y positivista en la que Freud se formó seriamente y a la que nunca renunció. La tradición ilustrada, crítica y emancipatoria que él asumió no sólo como afán de ver con claridad lo que se manifiesta, sino también de mirar tras el espejo y de afrontar la represión escondida en el ocultamiento. La tradición trágica de Sófocles, Shakespeare, Goethe y también Schopenhauer o Nietzsche que invita a pensar lo otro del pensamiento, “el eterno Eros”, las pulsiones, el placer, el deseo y su constitutiva insatisfacción e insistencia. Esa complejidad se articula en el taller de Freud con su vigorosa capacidad inventiva. Además, su telar trabaja esa diversidad materiales y registros culturales movida por la sensibilidad al dolor y el malestar y convencida de que la prueba decisiva del conocimiento está en su capacidad de curar.

Con esa perspectiva señalaré algunos momentos clave en la relación de Freud con la filosofía.

Es sabido que Freud tuvo un notable interés por la filosofía y por algunos grandes filósofos como Platón, Kant, Schopenhauer o Nietzsche<sup>11</sup>. Ese interés dejó una impronta profunda en su modo de pensar y numerosas huellas en sus escritos. No obstante, la consolidación del psicoanálisis como institución separada, tiende a hacer olvidar esos vínculos o a convertirlos en anecdóticos.

---

<sup>10</sup> Cfr. ALTHUSSER, L. “Freud y Lacan” en Posiciones Barcelona, Anagrama, 1977, p.14-15

Los testimonios de Freud son numerosos y constantes a lo largo de su vida, pero tornadizos y ambivalentes; incluso opuestos entre sí. Oscilan del reconocimiento de su vocación filosófica y del gran valor de la filosofía para él, a la crítica sarcástica y el distanciamiento de ella. Aunque con distinta frecuencia, las referencias están presentes a lo largo de toda su obra; indicador claro de que se trata de una relación que no puede dejar de lado. Las oscilaciones parecen tener que ver con el carácter problemático de la relación misma y con las incidencias de su propio proceso intelectual. De poco sirve reprocharle los cambios de opinión. Es más interesante buscar la explicación de la diversidad de pronunciamientos en la complejidad del tema y en los tanteos propios de una obra que gesta su identidad sobre la marcha. Quizá esa oscilación tenga que ver con la anomalía que el psicoanálisis inaugura y con los efectos de transformación de la filosofía que irrupción produce.

En su Presentación autobiográfica cuenta Freud que junto con el atractivo de la teoría de Darwin le decidió a estudiar medicina el conocimiento del “hermoso ensayo de Goethe *Die Natur*”<sup>12</sup>. Ensayo a caballo entre Spinoza y el romanticismo, en el que la intuición totalizadora sirve de guía para una comprensión del universo. Después, durante los cursos de medicina asiste voluntariamente a las clases de filosofía de F. Brentano y participa asiduamente en su seminario. De ahí nace su conocimiento de la filosofía y de su historia. Como es sabido, Brentano era buen conocedor de Aristóteles y defendía la síntesis de observación y especulación. En sus años juveniles Freud leyó a Feuerbach y D. Strauss.

Su interés por la filosofía es tal que durante su noviazgo le promete a Martha Bernays redactar un “ABC filosófico” para introducirla en su manera de pensar. Y en la carta del 16 de agosto de 1882 le confiesa que la filosofía le atrae cada vez más. Parece, pues, que formación científica e interés por la filosofía corren parejos.

De hecho, los testimonios son cada vez más expresivos. En 1896 le escribe a Fliess: “Espero que también prestes atención a algunas cuestiones metapsicológicas que he de plantearte... Si a nosotros nos fueran deparados todavía unos pocos años más de tranquila labor, estoy seguro de que dejaríamos un legado que justificaría nuestra existencia. Esta convicción me fortalece contra todos los pesares y los esfuerzos cotidianos. En mi juventud no conocí más anhelo que el del saber filosófico, anhelo que estoy a punto de realizar ahora, cuando me dispongo a pasar de la medicina a la psicología”<sup>13</sup>

Unos meses más tarde insiste en el afán de esbozar su trayectoria intelectual poniéndola en contraste con la de su amigo Fliess, médico como él pero orientado sólo a la fisiología: “Compruebo que por el rodeo de la medicina alcanzas tu primer ideal, el de comprender la fisiología humana. En cuanto a mí, alimento en lo más recóndito de mí mismo la esperanza de alcanzar por el mismo camino mi primera finalidad: la filosofía. Sólo a eso aspiraba yo al principio antes de haber comprendido muy bien por qué me encontraba

---

<sup>11</sup> P.L. Assoun ha estudiado especialmente en tema en varios libros: Freud, la philosophie et les philosophes. Paris, PUF, 1976 y 1995. Trad. Barcelona, Paidós, 1982. Freud et Nietzsche Paris, PUF, 1980; Trad. México, FCE, 1984; Freud et Wittgenstein Paris, PUF, 1988

<sup>12</sup> FREUD, S. Presentación autobiográfica O. C. XX, 8 Ahora sabemos que el escrito no era realmente de Goethe.

<sup>13</sup> FREUD, S. Carta a Fliess del 2 de abril de 1896. OC. Madrid, Biblioteca Nueva, 1975, vol. IX, p.3543

en el mundo”<sup>14</sup>. Esa aspiración se realiza sobre todo en la metapsicología, su “hijo ideal, su “hijo problema”<sup>15</sup>, que es su incorporación y transformación de la metafísica.

Años más tarde, en 1927, cuando el psicoanálisis ya estaba constituido, en medio del debate sobre su pertenencia profesional y la competencia para ejercerlo, en el fondo sobre su dimensión interdisciplinar y su autonomía, Freud ofrece como muestra de ese “descentramiento” opuesto a toda apropiación exclusiva, el siguiente testimonio personal: Tras 41 años de actividad médica mi autoconocimiento me dice que no he sido un médico cabal. Me hice médico porque me vi obligado a desviarme de mi propósito originario, y mi triunfo en la vida consiste en haber reencontrado la orientación inicial mediante un largo rodeo. (...) En mi juventud predominó el afán de comprender algo de los enigmas de este mundo y acaso contribuir en parte a su solución”<sup>16</sup>

Freud describe su trayectoria intelectual como un círculo que parte de la filosofía y retorna a ella, pasando por el rodeo de la medicina y la psicoterapia. Un recorrido que parece tener como fondo la figura de la odisea de la conciencia y del sujeto activo que se alejan y se pierden para encontrarse llenos de experiencias. En 1935 refiriéndose a sus escritos de los diez últimos años escribe: “Tras el rodeo que a lo largo de mi vida di a través de las ciencias naturales, la medicina y la psicoterapia, mi interés regresó a aquellos problemas culturales que una vez cautivaron al joven apenas nacido a la actividad del pensamiento. Hallándome todavía en el apogeo del trabajo psicoanalítico, en 1912 hice con Totem y tabú el intento de aprovechar las intelecciones analíticas recién adquiridas para la exploración de los orígenes de la religión y la eticidad. Dos ensayos más tardíos, El porvenir de una ilusión (1927) y El malestar en la cultura (1930) continuaron luego esa orientación del trabajo. Discerní cada vez con mayor claridad que los acontecimientos de la historia humana, las acciones recíprocas entre naturaleza humana, desarrollo cultural y aquellos precipitados de vivencias de los tiempos primordiales, como subrogada de los cuales esfuerza su presencia la religión, no eran sino el espejamiento de los conflictos dinámicos entre el yo, el ello y el superyó, que el psicoanálisis había estudiado en el individuo: los mismos procesos, repetidos en un escenario más vasto”<sup>17</sup>

Es, pues, el arduo y minucioso trabajo analítico el que posibilita, a la vez que reclama, el retorno a los principios y fundamentos. Un regreso que no es huida y repliegue, sino despliegue y liberación. "En los trabajos de mis últimos años (Más allá del principio de placer (1920), Psicología de las masas y análisis del yo (1921), El yo y el ello (1923), he dado libre curso a la tendencia a la especulación, por largo tiempo sofrenada, y por cierto consideré una nueva solución para el problema de las pulsiones. Reuní la conservación de sí mismo y de la especie bajo el concepto de *Eros*, y le contrapuse la *pulsión de destrucción o de muerte*, que trabaja sin ruido”<sup>18</sup>. El caso es paradigmático. Un problema concreto y crucial para la

<sup>14</sup> Carta de Freud a Fliess del 1 de enero de 1897. Citada por ASSOUN, P. L. Freud . La filosofía y los filósofos p. 76

<sup>15</sup> Carta de Freud a Fliess del 12 de diciembre de 1896. Citada por P. L. ASSOUN Freud , la filosofía y los filósofos p.75

<sup>16</sup> FREUD, S. “Epílogo” de 1927 a ¿Pueden los legos ejercer el análisis? O. C. XX, 237

<sup>17</sup> FREUD, S. “Posfacio” de 1935 a su Presentación autobiográfica O.C. XX, 68

<sup>18</sup> FREUD, S. Presentación autobiográfica O.C. XX, 53

psicología dinámica, como las pulsiones, lleva a replantear un problema tan filosófico y tan clásico como el del amor y la muerte; y a cuestionar el orden y la “economía” levantados sobre un ‘principio’, el de placer.

Se trata de idas y vueltas, de recorridos para explorar el territorio nuevo y lleno de pliegues en el que emerge y trabaja el psicoanálisis, para descubrir su geografía, orientarse en él y poblarlo de signos, para poder recorrerlo y hacerlo habitable.

Dentro de esa tarea, el recurso a la filosofía no es sólo genérico, sino que está sembrado de referencias a filósofos concretos. Referencias que en ese planteamiento no son adornos cultos pero en el fondo superfluos, sino verdaderos hitos orientadores. Normalmente son breves y concisas, pero seleccionadas y estratégicamente utilizadas. Generalmente cumplen alguna de estas tres funciones: a) Delimitar negativamente el pensamiento de Freud. b) Servir como elemento heurístico. c) Recoger una anticipación y legitimación de sus posiciones. En algunos casos tienen el valor de proponer un nuevo modo de mirar y de orientarse hasta el punto de hacer causa común.

Dos casos me parecen especialmente significativos y representativos del resto:

Freud recurre a la “enmienda que Kant introdujo en nuestra manera de concebir la percepción exterior”, para introducir el concepto de inconsciente: “Así como Kant nos alertó para que no juzgásemos a la percepción como idéntica a lo percibido incognoscible, descuidando el condicionamiento subjetivo de ella, así el psicoanálisis nos advierte que no hemos de sustituir el proceso psíquico inconsciente, que es el objeto de la conciencia, por la percepción que ésta hace de él. Como lo físico, tampoco lo psíquico es necesariamente en realidad según se nos aparece”<sup>19</sup>.

No fue el psicoanálisis el primero en dar el importantísimo paso de suponer que existen procesos anímicos inconsciente y en señalar que “el yo no es el amo en su propia casa”<sup>20</sup>. Entre los filósofos precursores del psicoanálisis destaca Freud “al gran Schopenhauer, cuya ‘voluntad’ inconsciente es equiparable a la ‘vida pulsional’ del psicoanálisis. Es el mismo pensador, por lo demás, que con palabras de inolvidable acento ha recordado a los hombres la significación siempre subestimada del pajar sexual. El psicoanálisis sólo ha tenido prioridad en esto: no se limitó a afirmar en abstracto esas dos tesis tan penosas para el narcisismo (la significación de la sexualidad y la condición de inconsciente de la vida anímica), sino que las demostró en un material que toca personalmente a cada quien y lo obliga a tomar posición frente a ese problema”<sup>21</sup>. Freud incluye también el conocimiento del “mecanismo de la represión” entre “las vastas coincidencias del psicoanálisis con la filosofía de Schopenhauer”<sup>22</sup>

La relación de Freud con Nietzsche es más cauta, quizá porque su filosofía le resultaba seductora y a la vez tentadora. Baste aquí un testimonio: “En cuanto a Nietzsche, el otro filósofo cuyas intuiciones e intelecciones coinciden a menudo de la manera más asombrosa con los resultados que el psicoanálisis logró

<sup>19</sup> FREUD, S. Lo inconsciente O.C. XIV, 167

<sup>20</sup> FREUD, S. Una dificultad del psicoanálisis O.C.. XVII, 135

<sup>21</sup> FREUD, S. Ibidem

<sup>22</sup> FREUD, S. Presentación autobiográfica O.C. XX, 55



con trabajo, lo he rehuido durante mucho tiempo por eso mismo; me importa mucho menos la prioridad que conservar mi posición imparcial”<sup>23</sup>

Esta última indicación de Freud señala la otra cara de su relación con la filosofía: afirmación de la especificidad y diferencia del psicoanálisis como método, como práctica y como teoría. Su vocación filosófica no le lleva a entregarse en brazos de la especulación, sino a relizarla indirectamente, a través del discurso estrictamente analítico. De ahí la tensión entre ambos, irreductible pero movilizadora.

En la misma Presentación autobiográfica advierte en seguida y cuidadosamente que ni siquiera en el último período de su obra ha vuelto la espalda a la observación paciente, ni se ha entregado a la especulación, abandonando el análisis del material clínico. “He evitado cuidadosamente aproximarme a la filosofía propiamente dicha”<sup>24</sup> La filosofía como tal, separada, le parece un peligro. Por eso desde su vocación filosófica resiste a esa tentación. Buena idea del conflicto latente da la justificación manifiestamente exagerada y poco fiel a la realidad de su obra, que el propio Freud se apresura a ofrecer: “Una incapacidad constitucional me ha facilitado mucho es abstención”<sup>25</sup>

En otro momento había declarado que era la filosofía misma, por su tendencia a la especulación, la que le repelía, y así le protegía de esa tentación. “El profesor Freud subraya, ante todo, su propia relación singular con la filosofía, cuya naturaleza abstracta le resulta tan desagradable, que ha renunciado a estudiarla”<sup>26</sup>

En 1930 una profesora de filosofía pidió a Freud su opinión sobre “cuestiones de orden metafísico” y en particular sobre Spinoza. Freud le contesta: “Los problemas filosóficos y sus formulaciones me son tan ajenos que no sé que decir; y lo mismo me ocurre con la filosofía de Spinoza”<sup>27</sup>. En el mismo sentido le confiesa a Eitingon: “No imaginas que extrañas me resultan las cogitaciones filosóficas... Mi única satisfacción es que no participo de ese derroche de poder intelectual”<sup>28</sup>

En consecuencia, no le interesan tampoco los filósofos. Ni Spinoza, ni Nietzsche ... Pero no puede dejar de sentirse atraído por ellos, compra sus obras, los lee e incorpora sus ideas fundamentales. Su relación con Nietzsche es el caso más expresivo de combinación de atracción y rechazo. A Fliess le confiesa: “Acabo en este momento, de tomar a Nietzsche, donde espero encontrar palabras para muchas cosas que permanecen mudas en mí, pero aún no he abierto el libro. Demasiado perezoso por el momento”<sup>29</sup>

Atracción y rechazo, tentación y resistencia, cercanía y distancia son los elementos característicos de la relación de Freud con la filosofía, que tiene precisamente los rasgos de un conflicto en sentido freudiano.

---

<sup>23</sup> FREUD, S. Presentación autobiográfica O.C. XX, 56. Sobre la relación de Freud con Nietzsche puede encontrarse información abundante en la obra de P.L. Assoun ya citada y en VENTURELLI, A. Nietzsche in Bergasse 19 Universidad de Urbino, 1983. Sobre las afinidades entre ambos existe una amplia bibliografía.

<sup>24</sup> FREUD, S. Presentación autobiográfica O.C. XX, 55

<sup>25</sup> FREUD, S. Ibidem

<sup>26</sup> NUNBERG, H. y FEDERN, E. (comp.) Actas de la sociedad psicoanalítica de Viena vol. I, p.363, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974

<sup>27</sup> FREUD, S. Carta a la señora Favez-Boutonier del 11 de abril de 1930. Citada por P. L.Assoun Freud, la filosofía y los filósofos p. 28.

<sup>28</sup> Carta de Freud a M. Eitingon del 24 de abril de 1939.

<sup>29</sup> Carta de Freud a Fliess del 1 de enero de 1900. Citada por ASSOUN, P. L. Freud y Nietzsche p.35

Sus testimonios oscilantes son sintomáticos; hablan de la inquietante familiaridad y extrañeza entre psicoanálisis y filosofía. Como queda indicado, Freud reconoce generosamente sus fuentes filosóficas. Pero a la vez es tan celoso de la originalidad del psicoanálisis, que evita cuidadosamente las identificaciones. Ni la filosofía, ni el psicoanálisis ganan nada siendo uno para otro su doble. Para un verdadero encuentro e interpelación es preciso romper el espejismo. Por eso la filosofía no permanece para Freud como un espejo o un patrón externo, sino que la lleva al centro de su pensamiento, la pone a trabajar los mismos problemas y la incorpora. Carece, pues, de sentido intentar dividir y quedarse con una de las dos caras. Ese conflicto es parte de la gestación de la obra de Freud e inherente a la complejidad psicoanálisis. Desde su primera época y no sólo al final de su vida, Freud elabora textos predominantemente teóricos junto a los escritos técnicos. Se esfuerza por articular las dos perspectivas para poder explicar algo tan paradójico como el inconsciente, su dinámica y su peculiar lenguaje, es decir, procesos que son materiales pero no meramente físicos, pulsionales y al mismo tiempo significantes.

Como todo conflicto, también éste se presenta con manifestaciones cuya elaboración implica deformación, es decir, racionalizado. Freud ofrece una imagen de la filosofía que la desfigura, pero que indica condensada e indirectamente la profunda relación del psicoanálisis con ella.

### 3) Conciencia e inconsciente

El psicoanálisis se caracteriza por el descubrimiento clínico del inconsciente y se funda en él. Tal descubrimiento modifica la geografía del saber, no sólo porque muestra una cara, una dimensión antes oculta, sino también porque eso introduce un nuevo punto de vista y obliga a replantear los problemas vitales contando con esa posición. El análisis trabaja desde el inconsciente; eso significa que se sitúa en los antípodas de la conciencia. Si, además, se tiene en cuenta que entre conciencia e inconsciente no hay sólo una línea divisoria sino un enfrentamiento marcado por la censura y la represión, habrá que pensar que, en la medida en que la filosofía se defina como un saber de la conciencia, la oposición entre conciencia e inconsciente coloca al psicoanálisis frente a la filosofía y contra ella. En un primer plano se oponen de tal manera que lo que una esclarece oculta al otro; y lo que uno analiza desenmascara a la otra. Se dan la espalda. Además, el diálogo resulta imposible porque hablan distinto lenguaje y responden a movimientos opuestos.

Entregada a su espejismo de lucidez, la conciencia se comporta como un “déspota absoluto” que no escucha más que a sus consejeros áulicos, ni entra en lo profundo de sí, ni comprende por qué enferma<sup>30</sup> Y el yo pretendo ser el centro y señor de todo el universo humano, aunque ni siquiera es “amo en su propia casa”<sup>31</sup> En ese punto Freud se coloca del médico o del literato y mitólogo frente al filósofo. Conciencialismo y sistemas racionalizadores son obstáculos epistemológicos para el psicoanálisis. Frente a ellos Freud actúa como antifilósofo. El psicoanálisis no sólo reta a la filosofía a que salga de su encierro, por fidelidad a su

---

<sup>30</sup> FREUD, S. Una dificultad del psicoanálisis. O. C. XVII, 135

<sup>31</sup> FREUD, S. Ibidem

deseo de saber, sino que mina sus fundamentos, cuestiona su saber y los efectos que tiene. Dos concepciones del sujeto se oponen.

Sin duda la filosofía se ha configurado en buena medida como saber de la conciencia. Pero también es cierto que esa identificación es más propia de la presentación de la filosofía, de su imagen brillante, que de su preguntar problematizador, de su autocrítica, de su trabajo conceptual y práctico. En especial la filosofía moderna ha estado seducida por su propio espejismo; pero a la vez ha sido atravesada por una perseverante conciencia crítica empeñada en desemascarar la propia “dialéctica de la ilustración”<sup>32</sup>.

Ciertamente la filosofía presentó resistencia a la introducción del inconsciente. Pero también es verdad que del inconsciente llevaba hablando mucho tiempo la filosofía antes de Freud<sup>33</sup>. El mismo reconoce las anticipaciones de Schelling, Schopenhauer y E. von Hartmann. Su objeción es que el inconsciente de los filósofos es sólo teórico. De manera que o se convierte en inofensivo: lo no conocido pero susceptible de conciencia, es decir, lo consciente virtual. O se vuelve un monstruo teórico: un inconsciente concienzialista y místico. De ese modo el inconsciente no es reconocido en su alteridad verdadera, ni en su fuerza, sino reducido a una sombra de la conciencia. Por el contrario, el inconsciente psicoanalítico “obligará a la filosofía a tomar partido y, en caso de asentimiento, a modificar sus hipótesis sobre el vínculo de lo anímico con lo corporal a fin de ponerlas en correspondencia con el nuevo conocimiento”<sup>34</sup>

Freud consideraba comprensible que los médicos rechazaran el inconsciente, pero esperaba que los filósofos lo aceptaran. Sin embargo se encontró con que para la mayoría de los filósofos hablar de lo anímico inconsciente es disparate, una contradicción; y que “lo psíquico de los filósofos no era lo psíquico del psicoanálisis”<sup>35</sup> Cuando los filósofos han atribuido al inconsciente naturaleza y fuerza propias, lo han convertido en reducto de oscuridad y fuente de irracionalismos. Lo cual se opone de nuevo al análisis y su inspiración racionalista y crítica. El psicoanálisis pretende dar una explicación inmanente y lógica de un inconsciente que se expresa en signos cargados de significado, que está estructurado como un texto. Ese cruce es su reto.

“La filosofía del inconsciente estaba condenada a naufragar en el Caribdis del irracionalismo místico o en el Escila del psicologismo concienzialista”<sup>36</sup> Para atravesar ese peligro y proseguir su propia navegación le es preciso superar la identificación cómoda entre psique y conciencia y la reducción del sujeto al yo. El inconsciente se vuelve tan dócil como insignificante si prescinde de la represión y las resistencias. Pero en realidad el inconsciente se expresa en los síntomas, allí donde se cruzan mente y cuerpo, vida y lenguaje. En ellos más que faltar significado, sobra; está concentrado y cristalizado, cifrado hasta volverse enigmático. Además se trata de signos que duelen, en lo que se expresa un profundo malestar. Por eso la irrupción del

<sup>32</sup> Como explican Adorno y Horkheimer esa dialéctica y su crítica vienen de lejos, y han acompañado a la cultura occidental como una especie de bajo continuo y obstinado. Cfr. ADORNO, T.W. y HORKHEIMER, M. Dialéctica de la Ilustración Madrid, Trotta, 1994

<sup>33</sup> Probablemente las primeras menciones expresas surgen precisamente en medio del racionalismo. Ver LEWIS, G. Le problème de l' inconscient et le cartésianisme Paris, PUF, 1950

<sup>34</sup> FREUD, S. El interés por el psicoanálisis O.C. XIII, 181

<sup>35</sup> FREUD, S. Breve informe sobre el psicoanálisis O.C. XIX, 230

<sup>36</sup> ASSOUN, P. L. Freud, la filosofía y los filósofos p. 40

inconsciente es un acontecimiento que expresa con especial intensidad la compleja condición humana. De su tónica, su dinámica y su economía se ocupa la metapsicología. Algo que no puede ser ignorado por la filosofía sin truncarse y frustrarse a sí misma.

Para hacerse cargo de ello no basta una fácil y homogénea expansión del campo de la conciencia de la mano de la intuición y la especulación. Freud apela al arduo trabajo del análisis clínico y del difícil tratamiento de los conflictos. Pero esa diferencia no significa que se puedan yuxtaponer conciencia e inconsciente como si fueran espacios y sistemas paralelos, cada uno autosuficiente y cerrado sobre sí mismo. En ese sentido, el uso de la primera tónica freudiana como si el inconsciente fuera sólo otra estancia y otro registro, se convierte en obstáculo. El inconsciente no opera al margen de la conciencia, sino contra ella; y a la inversa. No son dos líneas paralelas, sino que se cruzan e interfieren en determinados puntos. Los procesos inconscientes además de irrumpir en el discurso de la conciencia, se inserta en ella y la puebla de contenidos. Y aun cuando no rompa su coherencia, determina su tipo de discurso. Lejos de ser un más allá de la conciencia, el lenguaje y la razón, el inconsciente los habita. Allí donde hay conciencia se halla siempre el inconsciente. Por eso, aunque muchos filósofos prefieren ignorarlo, el asunto les concierne ineludiblemente. Curiosamente el lugar de encuentro entre filosofía y psicoanálisis no está en los márgenes, en la frontera entre ambos, sino en el centro de cada uno. Basta que cada uno de los dos profundice en sus problemas y sea consecuente consigo mismo, para que puedan encontrarse.

#### 4) ¿Es el psicoanálisis una cosmovisión?

La pregunta de Freud deriva del propio proceso de formación del psicoanálisis, potenciado y modulado por la constante ampliación de su campo de acción y por la negativa a truncar su alcance limitándose a un tipo de fenómenos y encerrándose en el gabinete. ¿Se convierte un psicoanálisis consecuente y plenamente desarrollado en una cosmovisión? Freud utiliza el término (*Weltanschauung*) común en la época para designar la filosofía. Preguntando por el psicoanálisis pregunta también por la filosofía. En su opinión el ideal propio de la filosofía es construir una visión del mundo, es decir, llegar a una visión unificadora y totalizadora de la realidad. Y eso tanto en la dimensión histórica como en la sistemática. En esa capacidad de *síntesis* y de sistema, se expresa el potencial de la razón humana y se realiza la posibilidad de una habitar libre y armónico.

Ahora bien ese ideal le sirve a Freud como un espejo que devuelve la mirada sobre sí mismo, al punto de partida. La pregunta por la cosmovisión revierte críticamente sobre los procesos de racionalización. El ideal de totalización remite a su origen y la atención se centra ahora en analizar los sueños de la razón. En lo más grandioso de ella misma aparece la presencia de los monstruos, la marca de la sinrazón, su peligro de morir de éxito. El psicoanálisis despierta a la filosofía de su ensoñación y refuerza el carácter autocrítico de la razón. A su vez, esa paradoja de la filosofía ilumina el camino del psicoanálisis.

Desde ese distanciamiento, Freud se opone a la pretensión de convertir el psicoanálisis en una cosmovisión y de asimilarlo a la filosofía. Oposición que se centra en la tensión irreductible entre análisis y síntesis y afecta a sus señas de identidad. A su juicio, el psicoanálisis no es, ni debe ser un sistema como los

filosóficos. Asimilar el psicoanálisis a la filosofía y ponerlo al servicio de sus ideales, es tan erróneo y peligroso como subordinarlo a la anatomía cerebral<sup>37</sup>

De la gravedad que para Freud tenía ese peligro, da idea el hecho de que, a veces, él mismo olvida el segundo aspecto de esa delimitación y acentúa exageradamente que el psicoanálisis es “una ciencia natural”, semejante a la química, que se atiene a fenómenos accesibles a la observación y los analiza, se somete una y otra vez a la experiencia, plantea hipótesis provisionales y las revisa, está dispuesta a modificar sus teorías y permanece inconclusa y abierta<sup>38</sup> Por fidelidad a sí mismo no puede convertirse en una cosmovisión. Hacerlo sería traicionarse y malograrse. Entre una y otro hay una clara diferencia epistemológica. En este contexto el aferrarse de Freud a un lenguaje fisicalista no parece obedecer sólo a una deuda personal con su formación médica, sino a su sentido de lo que es una verdadera explicación. Y no parece justo considerarlo meramente retardatario, sino que cumple la función de resistencia a las ilusiones de la especulación y a la infatuación de la razón. No menos intensa es la función crítica de la insistencia en que el psicoanálisis trabaja en el laboratorio de la experiencia y la práctica clínica, con un material que es el sufrimiento, el malestar y los conflictos humanos, que resisten a las racionalizaciones. Por todo ello, sin minusvalorar la importancia que la interpretación tiene en el psicoanálisis, éste no puede ser adecuadamente considerado como una “ciencia del espíritu”. No se limita a ser una hermenéutica. Pero el desacuerdo no es sólo epistemológico. La insistencia en la raíz corporal y el carácter dual de las pulsiones resiste también a la tentación de un sistema unificador y armonizador. Sin el dinamismo pulsional la interpretación es palabra muerta. Y un sistema totalizador eliminaría la fuerza y la conflictividad de las pulsiones, el vigor trágico de la existencia humana.

En su afán por alejar ese riesgo, Freud llega a volverse despectivo con los sistemas y en particular con la filosofía. “Yo no soy en modo alguno partidario de fabricar cosmovisiones. Dejémoslas para los filósofos, quienes, según propia confesión, hallan irrealizable el viaje de la vida sin un Baedeker (guía turística) así, que dé razón de todo. Aceptemos humildemente el desprecio que ellos, desde sus empinados afanes, arrojarán sobre nosotros. (...) Busquemos consuelo en la reflexión de que todas esas “guías de vida” envejecen con rapidez y es justamente nuestro pequeño trabajo, limitado en su miopía, el que hace necesarias sus reediciones (...) Bien sabemos cuán poca luz ha podido arrojar hasta ahora la ciencia sobre los enigmas de este mundo; pero todo el barullo de los filósofos no modificará un ápice ese estado de cosas; sólo la paciente prosecución del trabajo que todo lo subordina a una sola exigencia, la certeza, puede producir poco a poco un cambio. Cuando el caminante canta en la oscuridad, desmiente su estado de angustia, mas no por ello ve más claro”<sup>39</sup>.

Analizar para ver más claro en la oscuridad y poder orientarse realmente, en vez de inventar canciones para conjurar la angustia y consolarse, esa diferencia de actitud separa al psicoanálisis de la filosofía. Pero

<sup>37</sup> Ver Carta de Freud a Jung del 30 de noviembre de 1911

<sup>38</sup> Cfr. FREUD, S. *Psicoanálisis y teoría de la libido* O.C. XVIII, 249

<sup>39</sup> FREUD, S. *Inhibición, síntoma y angustia* O.C. XX, 91-92

curiosamente esas características que Freud atribuye al psicoanálisis son las más reivindicadas por la filosofía, en oposición a los catecismos. Le separa de la filosofía su descuido de lo mejor de ella misma.

En realidad, una vez asumida esa crítica, no debe subestimarse el valor que para la vida humana tienen las cosmovisiones. Y, por otra parte, éstas no son sólo especulativas. Freud incluye entre ellas, junto a la religión y la filosofía, el arte. En ellas se despliega nuestra capacidad de creación, se proyectan nuestros deseos y se plasman las ilusiones de unidad y plenitud. Se trata, por tanto, de verdaderos tesoros para el análisis. El problema comienza cuando al transferir esas demandas a los ideales, se abre el camino de la escisión y la psicosis, mientras se sustraen y enajenan sus valiosas energías<sup>40</sup>. De esa manera la aspiración a la satisfacción plena impide la realización efectivamente posible de los deseos.

Las cosmovisiones tienen un enorme poder, pero trabajan con ilusiones. De ahí su peligro. Es paradigmático el caso de la religión que “dispone de las emociones más potentes de los seres humanos”<sup>41</sup> La filosofía tiene menos que ofrecer y menos fuerza, está más próxima a la ciencia, pero sobrestima el valor cognoscitivo de las operaciones lógicas y de la intuición. La filosofía sueña y, como decía irónicamente Heine, pretende taponar los agujeros del edificio universal con su gorro de dormir y con girones de su camisa<sup>42</sup>. Por eso y por su carácter minoritario, su peligro es menor.

El psicoanálisis por su parte puede ofrecer otras cosas, pero no ilusiones, ni consuelo. “Opino que el psicoanálisis es incapaz de crear una cosmovisión particular. No le hace falta; él forma parte de la ciencia y puede adherir a la cosmovisión científica (...) Una cosmovisión edificada sobre la ciencia tiene, salvo la insistencia en el mundo exterior real, esencialmente rasgos negativos, como los de atenerse a la verdad, desautorizar las ilusiones. Aquel de nuestros prójimos insatisfecho con este estado de cosas, aquel que pida más para su inmediato apaciguamiento, que se lo procure donde lo halle. No se lo echaremos en cara, no podemos ayudarlo, pero tampoco pensar de otro modo por causa de él”<sup>43</sup> Para mantenerse clarividente el saber necesita sostener la conciencia de sus límites. Y para ayudar a curar necesita ahondar en una verdad que abre las carnes, que expresa las heridas en vez de pretender cerrar en falso todas las escisiones o quiebras.

Como puede verse, la noción de cosmovisión se presta a un doble juego en el texto de Freud. Le facilita la crítica de la infatuación del pensamiento, que él atribuye con ligereza a la filosofía. Y le sirve de coartada para poner a salvo al psicoanálisis en el puerto de una cosmovisión científica que resulta sospechosa. Pero dialéctica tiende a convertirse en un juego de contraposiciones o una disputa entre sordos. Cada uno es para el otro una pared donde sus interpelaciones rebotan; y lo verdaderamente significativo que hay entre ellos queda silenciado. De hecho la posición de Freud ante la filosofía es más matizada y más cómplice. “La filosofía es la unidad soñada que Freud sin cesar postula y recusa”<sup>44</sup>.

<sup>40</sup> Cfr. FREUD, S. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis O.C. XXII, 147

<sup>41</sup> FREUD, S. op. cit. XXII, 149

<sup>42</sup> Cfr. FREUD, S. op. cit. XXII, 148

<sup>43</sup> FREUD, S. op. cit. XXII, 168

<sup>44</sup> ASSOUN, P. L. Freud, la filosofía y los filósofos p. 243

Freud critica la filosofía y se resiste a ella precisamente porque comprende que en ella se juega algo decisivo para los hombres y conoce su potencial de significación. “La filosofía contiene en sí la tentación del deseo total y la exigencia de lo real. Por eso ella es la unidad soñada de ambas cosas. *Unidad ilusoria*, pues la ciencia recusará la inmediatez del deseo que considerará arbitraria. Pero *unidad verdadera* porque traduce *la realidad del deseo que se define como el deseo absoluto de esa unidad ilusoria en que él significa su ilusión* Tal es la dualidad que materializa la filosofía y al rededor de la cual se define su identidad psicoanalítica. Es que la filosofía es el doble indicio de la *productividad del deseo* (en su manifestación cultural) y de la *permanencia del deseo*”<sup>45</sup>

A la sombra de esa dialéctica, pero en medio de ella, se pone de manifiesto la importancia de las conexiones entre deseo y saber, vida y conocimiento. En las cosmovisiones se refleja especularmente el dinamismo pulsional de los hombres y su capacidad de producir signos y construir redes de sentido. Procesos especialmente vitales para el psicoanálisis. En ellos se basa la proliferación de signos recargados y dislocados, la importancia de analizarlos interpretándolos y la necesidad de reconstruir otras articulaciones y procesos. Analizar y construir son demandas de los vivientes que hablamos y que, por ello, habitamos en la inquietud de un universo que constantemente tejemos y que permanece con agujeros, sin cierre, e incluso deshaciéndose.

De nuevo la metapsicología es la expresión más clara de esa condición del psicoanálisis. En Análisis terminable e interminable, apelando irónicamente a la “bruja metapsicología”, Freud reconoce que en muchas situaciones analíticas sin “un especular y un teorizar metapsicológicos” no se da un paso adelante, aun cuando lo que muestre no sea muy claro ni muy preciso<sup>46</sup>. El mismo recurre a la antropología, la literatura, la mitología o la filosofía para explicar la dinámica pulsional, los procesos inconscientes o la constitución del sujeto. El psicoanalista que tiene que trabajar a partir de restos fragmentarios sabe, como el arqueólogo, que siempre falta algo. Pero no por eso deja de intentar “alcanzar cojeando lo no puede conseguir volando”, pues “cojear no es pecado”<sup>47</sup>

En el psicoanálisis se hace consciente que el deseo de saber, que actúa en todos los campos del conocimiento, es una verdadera “libido sciendi”. Así se comprende mejor la economía vital del conocimiento y adquiere nuevo sentido la tarea crítica de evitar el desvarío totalizador. No se trata sólo de una ilusión sino también de enajenación y pérdida de esos deseos. Por otra parte, la metapsicología incorpora algo nuclear de la metafísica para hacerse cargo de su realidad profunda, pero advirtiendo al mismo tiempo de los riesgos de duplicación sustantivadora. Y en su actitud ante el malestar despliega un cuidado que es más una intervención técnica y alcanza la dimensión ética en toda su importancia y fragilidad.

Por todo ello, el psicoanálisis invita a la filosofía a intensificar su actitud crítica. A admitir que saber es también aprender a callar, reconocer lo que no se sabe, guardar un silencio despierto y expectante, sin

<sup>45</sup> ASSOUN, P. L. *op. cit.* p. 107

<sup>46</sup> FREUD, S. Análisis terminable e interminable O.C. XXIII, 228

<sup>47</sup> FREUD, S. Más allá del principio de placer O. C. XVIII, 62

ceder a las urgencias de interpretar y explicar para controlar y consolarse. Ciertamente la filosofía ha hecho el camino de ida hacia la ilusión totalizadora y desastrosa; pero también hace el de vuelta. En ese movimiento doble radica su experiencia de la verdad y su interés para el psicoanálisis. Ambos se encuentran en la verdad como despejamiento en medio de los estados de emergencia creados por los conflictos. Ambas apelan a “nuestro dios logos”<sup>48</sup>. que es menos poderoso y consolador de lo soñado, pero más clarividente y cuidadoso con la frágil condición humana

---

<sup>48</sup> FREUD, S. El porvenir de una ilusión O.C. XXI, 53